

## Libro de texto gratuito

■ ■ J.R.M. Ávila\*

*En manos libres, siempre libros*  
J. Jesús Ávila Ávila

**B**las colecciona envolturas de golosinas desde que tenía cinco años. Lo mismo le da si son de mazapanes, dulces, chicles, galletas o pastelillos. Lo importante es que no se repitan y que en ellas aparezcan palabras. Envolturas hay en cualquier lugar: la tienda de Estelita, el estanquillo de Don Vidal, botes de basura, calles, banquetas, patios. Si cumplen con los requisitos que busca, nada es basura. Tras recogerlas, lavarlas y secarlas, las extiende sobre un trozo de madera y coloca encima de ellas una antigua plancha de hierro. Ahí las mantiene prensadas hasta que terminan sin arrugas, roturas o dobleces.

Desde el principio perseguía a quienes sabían leer, preguntando el nombre de cada letra o lo que decía alguna palabra. Siempre le sorprendió que hubiera formas tan distintas de escribir una letra, a mano o de molde. Le maravillaba descubrir que una letra siguiera siendo la misma, aunque cambiara de forma o de color.

Antes guardaba las envolturas en una caja de zapatos que alguien desechó, pero la abuela, al descubrirlo, le dijo: “¿Cómo vas a guardar tu tesoro en una caja tan fea?” y, sin decir más, le regaló un baulito para su colección.

Fue la abuela, única en la familia que no sabía leer, la primera en darse cuenta. Lo descubrió en la iglesia, cuando lo vio leyendo la hoja dominical y le preguntó qué decía ahí y él le platicó lo que entendía. “¡Como si supieras leer! No seas mentiroso”, intervino la mamá. Pero cuando tomó la hoja y leyó, se quedó asombrada. Le señaló un párrafo, pidió que lo leyera y

sólo así se convenció: el niño, sin ir a la escuela, sabía leer.

Desde entonces lee cuanto le sale al paso por la calle: Casa Villarreal, Abarrotes Flores, Papelería El Cometa, en fin, nombres de tiendas, calles, cines, rutas de camiones. Por eso, intrigado, le pregunta a Don Vidal por qué su estanquillo no tiene nombre.

El hombre sonríe y le dice que sí lo tiene, pero la pintura es cara y por eso no se lo ha escrito. Además, se trata de un nombre secreto. “¿Y no me lo puede decir?”, le urge el niño. “Claro que no, porque entonces ya no sería secreto”, sonríe el hombre. “¿Y si le prometo que a nadie le digo su nombre secreto?”. “Bueno, pero promételo”. “Lo prometo”. El hombre le dice al oído: “Se llama Don Vidal”. “¡Igual que usted!”. “Cállate, que nadie te oiga, si no, van a pensar que tengo nombre de estanquillo”.

Blas sonríe divertido y enseguida se retira. “Ten”, lo ataja el hombre y le tiende un pirulí, “esto es para ti”. El niño lo toma y, al notar que la envoltura es transparente, dice: “¿No me lo puede cambiar por uno que tenga palabras en la envoltura?”. “Claro”, dice el hombre sonriendo, “escógelo”. Blas busca hasta encontrar uno con una envoltura que no tiene en su colección.

## 2

Lo único que le disgusta en la escuela es leer en voz alta porque su profesora, en lugar de notar lo bien que leen los alumnos, está atenta para ver en qué momento se equivocan, y eso asusta a cualquiera. Además, se distrae oyendo su propia voz, que le suena hueca, falsa, como si perteneciera a otro y no a él, de manera que su lengua va tropezando entre los dientes y comete muchos errores.

\*Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

Pero disfruta la lectura en silencio. A veces imagina que nació con un libro en la mano y, como sabe que eso es imposible, sonríe al imaginárselo y más ríe al preguntarse cuál habrá sido el libro que leía mientras estaba naciendo. Se divierte mucho con ese recuerdo inventado y le encanta creer que, de pequeño, para que no llorara, en vez de chupón le daban un libro.

Claro que eso es irreal, sobre todo porque jamás ha tenido un libro propio. Hasta ahora ha leído los de otros compañeros, libros ajenos, libros desechados por vecinos que cursan grados superiores, porque en su casa no hay dinero suficiente para comprarlos nuevos. Le gustaría experimentar lo que se siente leer un libro nuevo, pero ha llegado a creer que nunca lo sabrá.

Si ha leído libros diferentes a los que se llevan en la escuela, se lo debe a Don Genaro. Recuerda el prodigioso día en que aquel hombre lo sorprendió sentado en la plaza, con un libro abierto en las manos. El timbre de salida había interrumpido la lectura de un cuento y, mientras los compañeros se desbandaban hacia sus casas, Blas se acomodó en una banca para reanudar la lectura desde el párrafo en que el timbre la detuvo. Era un libro ajadísimo, pero el cuento era nuevo para él y eso importaba más.

De repente escuchó una voz: “¿No me oyes, muchacho?” y, como si acabara de despertar, apenas alcanzó a exclamar: “¿Eh?”. “Llevo varias veces hablándote”, dijo la voz. “Perdón, es que estaba leyendo”, se justificó. “¿Qué lees?”, dijo el hombre quitándose el sombrero panamá y rascándose la cabeza. “Un cuento”, dijo resplandeciente. “Debe ser muy bueno, para que no me hayas escuchado”.

Blas vio el bigote blanco que resaltaba en el rostro colorado por el sol, a pesar del sombrero panamá. El hombre montaba una bicicleta de llantas anchas que llevaba sobre la parrilla trasera una anaranjada cajita de metal. Era difícil creer que aquel hombre tan robusto fuera capaz de pedalear y equilibrarse como cualquier ciclista.

“Sígueme. Mi casa queda cerca”, dijo, y Blas dudó. ¿Qué pretendía el hombre? ¿Qué tenía que ir hacer él a su casa? Era un desconocido, un extraño, y sus padres ya le habían advertido mucho al respecto. Por eso no se movió. “¿Te gusta leer o

no?”, dijo el hombre y Blas asintió. “Pues entonces sígueme”.

El niño se incorporó y avanzó por la acera mientras la bicicleta lo hacía pesadamente por la calle. La gente saludaba al hombre con gusto y con respeto al verlo pasar. Apenas habían adelantado dos cuadras, disminuyó la velocidad de la bicicleta y se detuvo frente a una casa de dos pisos con un enorme patio trasero que asomaba por el pasillo lateral.

“Espérame aquí”, dijo el hombre, conduciendo la bicicleta por el pasillo y se tardó cuanto quiso. Blas empezaba a pensar que se había olvidado de él, cuando lo vio reaparecer. Al llegar, le tendió un libro. No era nuevo, pero tampoco estaba ajado como los suyos de la primaria, usados antes por nadie sabía cuántos alumnos.

“Es un préstamo. Cuando lo leas, me lo regresas y te presto otro”. Blas vio el libro con los ojos llenos de desconcierto. Leyó en la portada: *Las Aventuras de Tom Sawyer* y, con una sonrisa de regocijo, echó a correr hacia su casa, pero regresó a agradecer. Ya volvía a retirarse cuando lo alcanzó la voz del hombre: “Al terminarlo, vienes y preguntas por Don Genaro, el que pone inyecciones”. Blas asintió, pero no dejó de sobrecogerlo aquello de que el hombre ponía inyecciones. ¿Qué tal si de repente quería practicar con él? Se despidió de prisa, no se le fuera a ocurrir detenerlo de nuevo.

Desde esa tarde Don Genaro le procuró libros, sobre todo aquellos que le había gustado leer. Gracias a él, Blas se aficionó por la lectura de libros sin dibujos, libros que sólo tenían palabras, pero que eran mucho más emocionantes. Eso sucedió en tercer año.

### 3

Blas sigue leyendo libros que Don Genaro le presta. Además, en la escuela continúa aprendiendo en libros que antes estrenaron, rayaron o maltrataron otros. A veces se los regalan porque el daño se nota mucho; pero, si han tenido poco uso, se los venden a precios bajos.

Ahora que va a empezar quinto grado no deja de darle pena que los papás de otros compañeros

tengan dinero para comprar libros nuevos. No sabe por qué debe ser así, no puede explicarse por qué su papá gana menos si trabaja más que los otros. No entiende por qué su familia tiene que ser tan pobre. No tanto como para no comer, pero sí para no comprar libros que a él tanto le gustan.

Es cierto que algunos no son tan necesarios porque basta con las explicaciones que el profesor da. Pero hay libros que sólo han adquirido los compañeros más ricos. Un ejemplo, Enrique, el hijo del carnicero; otro, Graciela, la hija de la tendera. El libro que más les envidiaba en cuarto año era el de Ciencias Naturales, por sus dibujos detallados y sus figuras más ilustrativas que las que el profesor se esmeraba en dibujar en el pizarrón.

A veces Blas conseguía que Enrique se lo prestara y se apresuraba a hacer las tareas en la plaza para alcanzar a leer más páginas que le interesaban antes de regresárselo. Claro que el dueño no era tan compartido como podría pensarse. Si le prestaba el libro era con la condición de que jugaran por las tardes, porque nadie lo soportaba como para juntarse con él y, sobre todo, porque estaba acostumbrado a poner las reglas, como si él hubiera inventado el juego en turno.

Pero, más que nada, se lo prestaba con la condición de que le pasara las tareas hechas, sin darse cuenta siquiera de lo que transcribía en su libreta. Había además otra condición: que el día del examen lo dejara copiarse. A Blas le disgustaba ese trato, pero consintió mientras llegaban los primeros exámenes, apresurándose a leer el libro. Así, con el pretexto de que tenía que estudiar, consiguió que Enrique se lo prestara los fines de semana.

Para cuando llegaron los exámenes, ya había leído, releído y memorizado el libro. De tal manera que, el día de Ciencias Naturales, aunque Enrique hizo lo imposible por copiarse, Blas no le permitió ni una rendija por la que pudiera asomarse a su examen. Furioso, a la hora del recreo, el niño rico se acercó y le sentenció: "No te vuelvo a prestar mi libro nunca más. A ver cómo pasas los demás exámenes, a ver cómo haces las tareas".

A Blas eso lo tuvo sin cuidado, el libro estaba guardado en su memoria, página tras página, párrafo tras párrafo, renglón tras renglón, imagen tras imagen y, si se lo propusiera, habría podido transcribirlo. Tal

vez batallaría para reconstruir los dibujos, pero no tanto. Además, no fue necesario.

Como sabía que no todos tenían el libro de Ciencias Naturales, el profesor dictaba párrafos completos para que los escribieran en sus libretas. Al principio, quienes tenían el libro se resistieron a escribir, pero el profesor hizo como si no los escuchara y se vieron obligados a hacerlo. Gracias a que había leído el libro, Blas terminaba de escribir antes que el profesor de dictar y eso molestaba mucho a Enrique.

Pero eso fue el año pasado. Ahora está por llegar el primer día de clases y todo apunta a que Blas no conseguirá el libro de Ciencias Naturales, lo cual lo tiene bastante fastidiado. Y más, por saber que Enrique y Graciela volverán a tener libro y él no. ¿Qué hacer? Por más que le da vueltas, no encuentra una solución.

Ni modo de pedírselo a la hija de la tendera. Siempre ha temido platicar con las niñas. No es que les tenga miedo, sino que no sabe cómo hablarles ni qué decirles. Lo que sí le da miedo es acercarse y platicar con Graciela, que es antipática, fea, se cree dueña de todo, y lo que tiene de rica lo tiene de boba.

Claro que podría acercársele y pedirle que le prestara el libro, sin más preámbulos, pero también teme que los otros niños lo vean. Creerán que quiere ser su novio y eso es lo último que le gustaría. En todo caso buscaría a alguien que le gustara y no a esta niña que lo único que tiene de bueno es alguien que le puede comprar libros.

## 4

Llegan las clases y es grande el alborozo de reencontrar a los amigos e incluso a quienes sólo han sido compañeros en cursos anteriores. La escuela se llena de conversaciones de todo tipo, desde quienes toman como tema el noviazgo hasta quienes se interesan por juegos de beisbol o futbol profesional, o algunos simples como canicas, baleros, trompos o yoyos.

El primer día transcurre de manera normal. Estreno de uniformes (quienes pueden o quienes los necesitan), libretas, plumas, sacapuntas y lápices. Esmero por hacerlo bien todo, por sacar mejores calificaciones, por destacar como estudiantes.

Aunque el profesor todavía no ha encargado el libro de Ciencias Naturales, Enrique y Graciela se desviven por mostrar sus ejemplares, colocándolos siempre encima de los pocos útiles escolares que por ahora portan. Nadie repara en esto si no es Blas. Los odia, jura que jamás será su amigo. Disimula su molestia, finge que no los ve, oculta su envidia lo mejor que puede.

Empieza a planear cómo acercarse a su papá. Es probable que le diga: “Voy a necesitar que me compre el libro de Ciencias Naturales de quinto año”. Sabe que el hombre de negro y abultado bigote no contestará ni dirá si se lo comprará o no. El niño insistirá tarde tras tarde, a sabiendas de que el papá tendrá siempre un pretexto. A veces será que retrasaron el pago en el trabajo; otras, que la papelería estaba cerrada; en ocasiones, simplemente dirá que se le olvidó.

Siente coraje y desesperación al ver que Enrique y Graciela se sientan y hojean el libro de Ciencias Naturales, más bien, lo ojean, porque no lo leen, sentados en sus pupitres para que los otros niños noten que tienen un libro que sólo ellos conseguirán, y nadie más en los tres grupos de quinto grado.

Pasa la semana y, antes de que se acerque al papá, justo el segundo lunes de clases, sucede casi un milagro. En la ceremonia cívica, el director informa al alumnado que tal vez la semana que viene lleguen a la escuela los libros de texto gratuitos. No explica ni abunda sobre el tema.

Nadie entiende a qué se refiere el director con eso de libros de texto gratuitos. Blas tiene que preguntárselo a su nuevo profesor. Aprovechando la pregunta, el hombre se coloca al frente del grupo para explicar que este año nadie tendrá que comprar ningún libro, porque el gobierno se encargará de entregárselos gratis a todos por primera vez. Eso es lo que quiso decir el director de la escuela.

Blas se queda pensativo y con los ojos muy abiertos como si nadie más que él hubiera entendido. Nada pregunta. Libros gratis para todos. Es muy bello para ser cierto. Pero nada dice.

## 5

El señor de la propaganda, el que anda en una camioneta con bocina y a veces anuncia recados de los ranchos cercanos y que también vende fruta, verdura y artículos para el hogar, en lugar de anunciar todo eso, ahora, desde muy temprano, anda invitando a una reunión de padres de familia en punto de las seis de la tarde. Todas las palabras que salen de la bocina llegan hasta la escuela, pero ni los profesores ni el director forman en el patio a los alumnos para anunciar la reunión y citar a los padres de familia.

Cuando Blas llega a su casa, su mamá y su papá le preguntan por la reunión en la escuela. “¿Para qué es?”. No sabe. “¿Ahora qué quiere el director?”. Tampoco sabe. “¿Cree que tenemos su tiempo?”. El niño se encoge de hombros. “¿Acaso no fuiste hoy a la escuela?”. Claro que sí, pero en la escuela nada dijeron de la reunión. “A lo mejor no es reunión de la escuela”, dice la mamá. “A lo mejor”, dice el papá rascándose la cabeza.

De todas maneras, el niño y su papá asisten y se encuentran con la novedad de que se habla sobre los libros de texto gratuitos. Lo más curioso es que la reunión no se realiza en la escuela, como era de esperarse, sino en la plaza que está enfrente de ella, justo al pie del monumento al Educador. Nadie sabe quién ha convocado. No hay caras alegres, ni siquiera un asomo de sonrisa al saludarse. Tampoco hay orden: todos quieren hablar al mismo tiempo y a gritos.

Blas no entiende a los adultos. Son tan raros. Primero se enojaban porque no podían comprar libros para sus hijos y ahora que el director ha anunciado que el gobierno va a regalárselos en la escuela, que se los entregará sin pedirles dinero a cambio, resulta que andan enojados. Claro que su papá no se enojaba por eso. De lo que siempre ha renegado es del dinero que no alcanza, y hasta ha llegado a hablar de irse a trabajar en las pizcas, al otro lado de la frontera, para ganar dólares y completar los gastos de la familia.

La dueña de la papelería es la más enojada de todos cuando habla. Seguro es porque se le van a quedar los libros que pidió para vender este año. No lo dice, pero se le nota. “¿Cómo se va a comparar la

calidad de los libros que regalará el gobierno con la calidad de los que vendo yo? De seguro esos librejos son para que cualquier hijo de campesino aspire a compararse con la gente bien nacida y de buenas costumbres”.

El papá de Enrique, la mamá de Graciela y otros papás de mucho dinero, o que tienen más dinero que los demás, están furiosos porque ya compraron los libros que se venden en la papelería y resulta que no se van a necesitar en la escuela. “A ver, ¿quién nos va a regresar el dinero ahora?”, dice uno de ellos volteando a ver a la dueña de la papelería, que hace como si no escuchara. Y se levanta un furioso griterío en contra de la escuela, del gobierno y de todo lo que se relacione con libros de texto que no valen ni un centavo.

El sacerdote, que nunca se ha parado en la escuela y que, además, no tiene hijos (al menos eso se cree), hoy ha suspendido la misa de las seis y ha salido a la plaza seguido por los feligreses que ya esperaban en la iglesia y alborota en la reunión: “Nos quieren imponer malas costumbres, costumbres de pecadores de otros lugares y se las quieren inculcar a nuestros niños, costumbres de ateos y descreídos que atentan contra la moral y las buenas costumbres, costumbres que...”, y sigue y sigue y parece que nunca va a terminar, como en los sermones que da en la iglesia y que hacen dormir a la gente de todas las edades.

Blas observa a su papá, que se queda callado, escuchando, porque tal vez no sabe qué decir. Después voltea hacia Don Genaro y se sorprende al verlo a la orilla de la gente que protesta en contra de los libros como si los hubiera escrito un monstruo. Temía que también él gritara enfurecido como si odiara esos libros, pero no grita ni parece enojado. Él es muy diferente a su papá, pero le gusta que los dos callen y permanezcan en calma mientras los demás pierden el control y la compostura. Le gusta que en eso se parezcan.

Lo curioso es que quienes más hablan son los que no tienen hijos en la escuela, ni siquiera nietos o sobrinos. Alguien asegura que el gobierno se quiere llevar a los niños quién sabe a dónde, pero al parecer se trata de un lugar muy feo, según la cara de susto que ponen casi todos. Una mujer a la que Blas no conoce propone que hay que cerrar la escuela para que no metan esos libros en ella. Otra dice que lo que deben hacer es quemarlos en cuanto los traigan.

De repente llega el director y trata de persuadirlos de que nada de lo que proponen es bueno, pero nadie quiere escucharlo. Aún más, apenas intenta hablar, lo interrumpen. Los reunidos acuerdan regresar el viernes para decidir qué medidas se han de tomar y en seguida se dispersan. El director empieza a hablar de nuevo, pero ya no lo escuchan. El sacerdote se lleva a sus feligreses, la señora de la papelería camina de prisa, asediada por quienes le han comprado ya los libros de este curso, el director arrastra sus pasos hacia la escuela sintiéndose derrotado.

Don Genaro y el papá de Blas se miran serios, sin decir palabra y se encogen de hombros. Después se desean buenas noches y se retiran como los demás. El niño se queda viendo el monumento al Educador y no se mueve de ahí hasta que su papá le dice desde lejos que es hora de irse.

## 6

Si a la primera no fueron ni cien personas (quienes estaban en contra de los libros dijeron que habían sido más de trecientas), a la reunión del viernes no van ni treinta. Y como se saben tan pocos, prefieren retirarse antes de las siete de la noche. Nadie habla, nadie grita, todos regresan a sus casas desanimados por haber perdido el tiempo.

Pero cuando el director de la escuela convoca a una junta a las ocho de la noche del siguiente miércoles, se reúne más gente que nunca, a pesar de que sólo se deja entrar a padres, madres y docentes del plantel. Lista en mano, se le pregunta a cada persona en qué grupo tiene hijos, de manera que ni el sacerdote ni personas ajenas pueden entrar.

Blas puede colarse a la reunión porque llega mucho antes de que empiece a entrar la gente y se esconde en un recoveco tras el foro donde se llevan a cabo las asambleas. Desde ahí puede escuchar las palabras del director y asomarse sin que lo noten para observar a los asistentes.

“Señoras y señores. Antes que nada, debo aclarar algo. Sé que hubo dos reuniones para hablar acerca de los libros de texto gratuitos. Me he enterado de que los rechazan y no me lo puedo explicar. Yo les pregunto: ¿Ya leyeron los libros que va a entregar el gobierno a sus hijos? ¿Ya los vieron siquiera sin abrirlos? Por supuesto que no. Ni siquiera nosotros

que educamos a sus hijos los hemos visto. También les pregunto: ¿Acaso han leído o al menos hojeado los libros que les compran cada año a sus hijos? Me he enterado de que el sacerdote ha asistido a las reuniones. Y yo pregunto: ¿Cuántos hijos tiene como para opinar sobre la educación de la niñez? Y sin ánimo de ofender, ¿acaso yo, como director de esta escuela, le indico de qué manera debe oficiarse o dar sermones? Y les pregunto a ustedes, la dueña de la papelería, ¿se opondría a los libros de texto gratuitos si se vendieran en su negocio? Son preguntas simples. Si alguno de los presentes me las puede responder, me gustaría que lo hiciera. Me gustaría, además, escuchar sus razones. Mis compañeros maestros y yo siempre hemos estado de acuerdo con lo que ustedes proponen y los apoyamos en todo momento, pero quisiera que entiendan que acatamos leyes y si no lo hacemos nos exponemos a ir a la cárcel, a ser multados o a ser destituidos, como sería en el caso de oponernos a la entrega de los libros que van a llegar. Estamos convencidos de que serán de gran ayuda para nosotros, para sus hijos y, sobre todo, para ustedes que no gastarán más en eso. No tememos a ley alguna, si lo digo es porque estamos convencidos y eso nos mueve a apoyar su llegada”.

El primero en levantar la mano para hablar es el papá de Blas: “Estoy de acuerdo en que lo mejor de todo es que ya no va a haber necesidad de comprar libros. Como ya saben los que me conocen, soy pobre y no me avergüenzo. Más vergüenza me ha dado no poder comprarle los libros a mi hijo y peor me iría porque el otro año ya va a entrar a la escuela mi niña. Por eso opino que es muy bueno que esos libros lleguen, sobre todo porque mi hijo ya no va a tener que pedir prestado ningún libro ni tendrá que usar los que otros han usado y que a veces están, con perdón sea dicho, para tirarlos a la basura”.

El aplauso de los padres y las madres que se encuentran en la misma situación es fuerte. Blas, desde su escondite tiene que contenerse para no aplaudir. Otro padre de familia levanta la mano y, cuando la gente se calla para escucharlo, dice: “Señor director. Quiero decirle que, si los encarcelan, los sacamos de la cárcel; si los multan, nos cooperamos para pagar la multa; si los destituyen, cerramos la escuela hasta que les regresen su trabajo. ¡Faltaba más!”.

Hay un aplauso atronador. Cuando se detiene, el director aclara: “Eso sólo puede darse en caso de

que nos opongamos a que se repartan los libros de texto a los alumnos, lo cual no es nuestra intención, pero le agradezco mucho el apoyo”.

Una madre levanta la mano y la voz: “Pero dicen muchas cosas malas de esos libros, que el gobierno los va a regalar para que nos confiemos y así llevarse a los niños quién sabe a qué país, que los libros les van a meter ideas pecaminosas, que los han escrito personas sin escrúpulos y, no sé a los demás, pero a mí eso me da mucho miedo”.

El murmullo crece de tal manera que es difícil escucharse unos a otros. El director levanta los brazos, se acerca a los asistentes y pide silencio. Cuando nota que pueden escucharlo, habla sin levantar la voz: “Esas son ideas de gente que quiere meter miedo. Como ya he dicho al principio, no me puedo explicar por qué rechazan estos libros. Nadie los ha visto ni los ha leído y ya los están juzgando. Pienso que hay que conocerlos y entonces sí, opinar. Señora, no tenga miedo. El gobierno y los docentes queremos el bien para los niños, lo demás son puros inventos”.

Un padre de familia se levanta y dice: “Yo propongo que se forme una comisión para que revise los libros y que nadie ande levantándoles falsos”. Apenas se sienta, otro padre dice sin ponerse de pie: “Me parece buena idea. Propongo que la comisión esté formada por representantes de padres y profesores de cada grado”. Una profesora levanta la mano, se pone de pie y dice mirando hacia los asistentes: “Sí, pero que además participen personas de la comunidad, que hayan estudiado, que les guste leer, que no condenen a los libros antes de revisarlos”.

De inmediato se desatan las propuestas desde diferentes puntos de la reunión: “Yo propongo a Don Genaro”, dice alguien y, desde su escondite, a Blas se le acelera de gusto el corazón. “Yo propongo al padre de la iglesia”, dice una madre y, de inmediato, el profesor de Blas ataja: “Él no puede participar en asuntos de la escuela”. El director lo secunda: “Es cierto, lo prohíbe el artículo tercero de la Constitución”.

Se hace un silencio denso, pero nadie replica. Alguien dice: “Propongo a la doctora Enedelia” y es aprobada. “Propongo a Don Gudelio”, dice otra voz. Alguien se sorprende: “Pero no sabe ni leer”. Quien

lo propuso, agrega: “Pero sabe observar y, además, puede actuar como consejero de la comisión por las decisiones que sabe tomar”. Se aprueba también. “Como presidente que quede el director”, dice una madre de familia. El aplauso es unánime.

“Los libros llegan este viernes”, dice el director cuando el aplauso termina, “y sería bueno que se revisen el sábado, para tener una decisión ese mismo día”. Todos están de acuerdo, por lo que se procede a nombrar cuatro representantes por grado. El papá de Blas se ofrece para participar, lo mismo que su profesor. Quedan citados para el sábado a las ocho de la mañana. Además, se toma el acuerdo de que haya junta el mismo sábado a las seis de la tarde.

## 7

Aunque al principio protestan unos cuantos vecinos que no tienen hijos en la escuela, no alcanzan a impedir que a las nueve de la mañana del viernes llegue un enorme camión repleto de cajas con libros de texto gratuitos y durante el transcurso de la mañana sea descargado sin contratiempos.

Con los rostros reluciendo de contentos, algunos alumnos de quinto y sexto, entre ellos Blas, ayudan a descargar. Las cajas se resguardan en la bodega, cuyas puertas cierran poco antes de mediodía. Nadie extraño a la escuela se atreve a acercarse. Por si las dudas, en la noche montan guardia dos policías que se han solicitado al ayuntamiento.

Blas no piensa perderse el evento, así que, el sábado por la mañana se levanta muy temprano y se acoda en la puerta de la escuela para atestiguar lo que pase. Poco a poco llegan los integrantes de la comisión: 12 docentes, 12 padres de familia (entre ellos su papá), Don Genaro, la doctora Enedelia, Don Gudelio y el director. Una vez reunidos, entran a la dirección, cierran la puerta y tardan mucho en volverla a abrir.

Cuando salen, caminan por el pasillo que los conduce a la bodega, entran, cierran la puerta y permanecen mucho más tiempo ahí. Blas no sabe qué hacer, no sabe en qué entretenerse. Aunque al principio llegan otros dos compañeros de su grupo y muchos más alumnos de la escuela, además de

padres, madres y personas de la comunidad, casi todos se van retirando.

Para cuando la comisión sale de la bodega, ya sólo quedan él y unos cuantos alumnos. Cada integrante de la Comisión Revisora carga al menos siete libros. Los cuatro representantes de sexto grado entran en un salón, los cuatro de quinto en otro y así, los cuatro de cada grado en salones diferentes. En la dirección se reúnen Don Genaro, la doctora Enedelia, Don Gudelio y el director. El conserje acompaña a estos últimos llevando en un diablito seis juegos de libros, uno de cada grado. Los siete equipos cierran las puertas de sus espacios asignados para que nadie los moleste.

Transcurre otro gran rato. Aunque Blas se ha puesto a jugar a las canicas y ha ganado juego tras juego (él que siempre los pierde), eso no lo tiene tan contento. Se ha cansado de voltear hacia la escuela y ésta parece desierta. En el momento en que prepara un tiro con su canica Matona, se oye la puerta de la dirección abriéndose. Por supuesto, falla el tiro, pero no le importa. Él y sus compañeros se levantan para ver lo que sucede.

Alcanzan a ver al director que vuelve a cerrar la puerta y camina por el pasillo hacia la bodega donde se encuentra el conserje. No se alcanza a escuchar lo que platican, pero regresan por el pasillo. El director abre la puerta de la dirección, entra y cierra de nuevo. El conserje abre la puerta de la escuela, sale, vuelve a cerrarla y camina por la calle como si fuera a la iglesia. Sin embargo, al llegar a la esquina suroeste de la plaza, tuerce hacia la izquierda.

Los niños no vuelven a jugar sino hasta que ven reaparecer al conserje encaminándose a la escuela. Abre, entra, cierra, llama a la puerta de la dirección. Asoma el director: “Que a la una”, dice el conserje, después se encamina a la bodega y se pone a platicar con los policías. Blas se dirige a la tienda y pregunta la hora: “Son las once y media”, dice la dueña. Da las gracias y regresa a jugar. Falta mucho para la una. Trae hambre, pero si va a su casa ya no lo dejará salir la mamá.

“Ya vámonos. Nunca van a salir. ¿Qué estamos haciendo aquí?”, dice uno de sus compañeros. “Jugando”, dice Blas. “Ya me aburrí”, dice alguien más. “Yo también”, dice el cuarto jugador. Cada uno toma sus canicas que aún permanecían en el

suelo y se van. Sólo se queda Blas. Hora y media es mucho. Y el hambre arrecia. Hurga en sus bolsillos y encuentra dos monedas. Con una de ellas, justo, apenas completa para comer y beber algo.

Entra de nuevo a la tienda y, en cuanto lo ve, la dueña dice: “Faltan veinte para las doce”. Él sonríe y pide: “Me da una margarita y un refresco chico”. La mujer envuelve el pan en papel y le entrega el refresco. El niño paga y recibe a cambio una moneda pequeña. Sale de la tienda y se sienta a la sombra del monumento al Educador. Come y bebe con calma.

Desde ahí puede ver todos los movimientos de la escuela. Una maestra de tercero sale de su salón y entra a los sanitarios. No dura mucho ahí. Regresa a seguir revisando libros. ¿Cómo serán por dentro? ¿De qué hablarán sus lecturas? ¿Cómo será el libro de Ciencias Naturales? ¡Cómo le gustaría estar con los representantes y los profesores para ver los libros!

Por más despacio que mastica y bebe, el tiempo no avanza. Observa el frente de la escuela. El año de su fundación: 1929. ¿Quiénes la habrán construido? ¿Cuánto se habrán tardado? ¿Quién habrá pagado por construirla? Después se pone a leer los letreros de las bancas de la plaza. Mucha gente las ha donado, nombres que nada le dicen, lee por leer. Si al menos se hubiera traído un libro, desde cuándo hubiera llegado la una de la tarde.

Apenas se da cuenta de que a su lado pasan dos mujeres cargando una gran vasija. Les pone atención sólo hasta que llegan a la puerta de la escuela. El conserje viene a abrirles y les indica el salón de sexto año, después va y toca en la dirección y en cada salón. Poco a poco salen los integrantes de la Comisión Revisora. Al ver a su papá entre ellos, se esconde tras el monumento para que no lo mande a la casa.

El conserje va a la tienda. Apenas puede con las bolsas cargadas de refrescos. Las lleva al salón donde seguro comen. Después de un buen rato de estar reunidos en el salón de sexto, salen y regresan a sus respectivos salones. Las dos mujeres vuelven con la vasija vacía y no dejan de hablar sobre algo que a Blas no le interesa.

“Dice tu mamá que te vayas a la casa”, le avisa uno de los que jugaban con él a las canicas.

No le queda más que obedecer y molestarse con su compañero, por chismoso. Como era de esperarse, después de la comida, la mamá ya no lo deja salir. Blas no encuentra su lugar, trata de leer y no puede concentrarse, intenta apurar una siesta y no puede dormir, sale al patio y su mamá lo regresa a la casa. Así pasa el sábado hasta que, por fin, a las cuatro de la tarde, regresa su papá.

“¿Y?”, le dice apenas lo ve entrar. “¿De qué me hablas?”, dice el papá. “¿Se van a quedar los libros en la escuela o se los van a llevar?”. El papá dice muy serio: “No puedo hablar de eso, hoy en la junta de las seis de la tarde se va a resolver”. El papá se acuesta y se queda dormido. Es como el infierno para Blas. No encuentra su lugar, de tal manera que la mamá le permite salir al patio para que deje dormir a su papá.

Poco después de las cinco de la tarde, Blas desaparece. Cuando empieza a llegar gente, ya está acomodado en el recoveco tras el foro de la escuela. Se habla mucho. Se dicen muchas cosas buenas de los libros. Habla la comisión de cada grado. Después lo hacen la doctora Enedelia, Don Gudelio, el director y Don Genaro. Para cuando el asunto se lleva a votación, en la cara de Blas resplandece una sonrisa.

No se ha equivocado al juzgar lo que sucedería. “Quienes están a favor de que los libros se queden, sírvanse levantar la mano”, dice el director, y de inmediato el recinto se llena de manos a favor. “Muy bien, los libros se quedan”, concluye el director y el aplauso es largo y entusiasta.

## 8

Es lunes, el día tan esperado por Blas. Desde el sábado, el director de la escuela anunció que hoy, por órdenes del presidente y por aprobación unánime (es la palabra que dijo) de las Sociedad de Padres y Maestros, se entregarán libros de texto gratuitos a todos los alumnos de primero a sexto grado. No es el único entusiasmado, y esto se nota en la gran cantidad de alumnos que se han congregado en la escuela desde las siete de la mañana.

Para él no es raro llegar tan temprano a la primaria. Lo inusual es que tantos compañeros se hayan levantado temprano, con la novedad de que van a recibir libros gratis. Por supuesto, tampoco es usual que reciban algo gratis. Aunque para él, lo



que más cuenta es saber cómo serán los libros por dentro, lo que podrá leer en ellos, lo que aprenderá, los mundos que le descubrirán.

Se escucha el timbre de entrada y las filas se integran de inmediato. La ceremonia de honores a la bandera se lleva a cabo con más respeto y solemnidad que otras veces, el Himno Nacional se entona con fervor. El director felicita a los alumnos por la compostura que han guardado y les dice que le da gusto, que son dignos de recibir los libros de texto gratuitos, y los invita a que estudien con ahínco para que obtengan todo el provecho de ellos.

Los alumnos de todos los grupos entran ordenadamente a sus aulas. En los rostros se nota lo contento. Los padres, los estudiantes, los docentes, el director y el conserje saben que viven algo nuevo, algo que va a mejorar lo que se hace en la escuela, algo que se recordará toda la vida, algo digno de contar a los nietos cercanos y lejanos.

El profesor llama a seis alumnos, entre ellos a Blas. Les pide que lo sigan y ellos obedecen. Todos, menos Enrique, avanzan sintiéndose importantes. Llegan a la bodega y el profesor, después de localizar las cajas correspondientes, les va entregando una por alumno. Afuera de cada caja hay un nombre de asignatura diferente: a Blas le toca Lengua Nacional; a Oscar, Lecturas; a Mario, Aritmética y Geometría; a Ernesto, Estudio de la Naturaleza; a Pablo, Historia y Civismo; a Enrique, Geografía.

“¿También nos va a dar el libro de Ciencias Naturales?”, dice Blas, sonriendo al notar la cara contrariada de Enrique. “No, ese no: pero sí uno mejor: Estudio de la Naturaleza”, contesta el profesor.

Blas se pone más contento, en primer lugar, porque va a tener sus propios libros; en segundo, porque no necesitará pedir prestado el de Ciencias Naturales ni rogarle a su papá que se lo compre.

Retardando el paso, espera a Enrique y le dice en voz baja: “¿Ya ves, para qué lo compraste? ¡Ni lo vamos a necesitar!”. El niño rico hace como si no lo hubiera escuchado. Blas no cabe de contento cuando deja su caja al frente del salón y se dirige a su lugar. Espera su turno en la lista para recibir sus libros. Cuando los tiene ya sobre su pupitre, abre uno y lo acerca a su nariz para disfrutar el olor a libro nuevo que sólo había percibido de lejos.

Observa en la portada la figura de una mujer vestida de blanco que sostiene el asta de una bandera. Detrás de la mujer se ve un águila devorando a una serpiente. Todo esto sobre un fondo azul cielo.

Al abrir el libro hay un recuadro que dice: “Este libro es propiedad de la República. Para que lo use y lo conserve se entrega en forma absolutamente gratuita, pero con la condición de que lo cuide, a”. Y en seguida un renglón para el nombre. “¿Son míos, profe? ¿Puedo ponerles mi nombre?”, dice Blas. “Sí. Váyanles poniendo su nombre en la línea punteada que va encima de donde dice nombre del educando”.

Con mucho cuidado, encima de la línea punteada, escribe: Blas, después se detiene y sonríe antes de escribir sus apellidos.